

EL TIPOGRAFO

Órgano de la Sociedad Tipográfica Montevideana

Montevideo, Octubre 1° de 1889

PERIÓDICO QUINCENAL

Año VI — Número 145

Administración: Florida 209

SUSCRICIÓN

Por un mes. \$ 0.20
Número suelto. » 0.10
En el extranjero, por un mes. . . » 0.30

EL TIPOGRAFO

Emilio López

Dos años se cumplen hoy que la inexorable parca nos arrebató á este querido amigo.

¡Dos años!

Dicen que el tiempo es el más eficaz bálsamo contra los acerbos dolores; pero aún está fresco en nuestra memoria el doloroso recuerdo de aquel día triste en que exhaló el último suspiro el más noble de nuestros amigos, el más desinteresado de nuestros compañeros.

¡Dos años!

La guadaña de la muerte, descarnada, horrible, implacable y fría, cortó el hilo de su existencia;—donde había una inteligencia vigorosa, donde latía un noble corazón, dispuesto á los grandes sacrificios en pró de sus hermanos, allí, donde se agitaban en hermoso contraste arranques impetuosos de honrosa altivez, de legítimo orgullo é impulsos irresistibles de amor á sus semejantes, de caridad y de abnegación, sólo quedó la nada, el insondable caos.

¡Dos años!

La muerte inexorable, sin entrañas, brusca, igualitaria, arrastró á nuestro amigo al seno de nuestra madre común, la tierra, dejando en triste desconsuelo á su joven esposa, á sus hijos sin el apoyo y los consejos de un padre cariñoso, á sus padres en la más natural pero la más grande de las decepciones, á sus hermanos con el corazón oprimido y á sus amigos y compañeros con un campeón menos en las lides de sus derechos.

Oh! Emilio, grande y querido amigo nuestro, que lejos estábamos de pensar que bien pronto habrían de seguirte un hermano, un hijo y tu grande y buena madre!

Oh! muerte! Implacable espectro, nada respetas: pensamiento, valor, nobleza, amor, riquezas, genio, todo lo destruyes, todo lo llevas á los insondables abismos donde moras: en todas partes te presentas sin anunciarte; sorprendes al poderoso cuando indolente reclina su cabeza entre cojines de oro y seda, y oprimes entre tus garras al infeliz obrero que sudando, cansado y abatido llega con paso lento y vacilante al umbral de su casa para alcanzar á su prole una magaja de pan!

Oh! muerte! Todos te tememos, todos te detestamos, todos buscamos caminos de luz, de felicidad, de fauces y de dichas, y en todas

partes te encontramos. Todos conocemos tus obras, todos reconocemos la igualdad de tus sentencias, todos te miramos como agente de vida y de transformación, y todos te vilependiamos, te olvidamos y desconocemos, porque, á pesar de tu justicia, eres tan implacable, tan severa, que no respetas nada y llenas de lágrimas y desolación los hogares tan felices momentos antes de tu presencia.

Emilio, inolvidable amigo, tu pagaste en edad temprana el tributo debido á madre naturaleza; nuestros corazones te recuerdan, nuestros ojos se humedecen aún al tomar la pluma para dedicar á tu memoria un modesto recuerdo: la verdad del sentimiento nos inspira estos renglones; no es la vanidad de llamar la atención hacia nosotros con rebuscadas frases, lo que nos impulsa á recordarte; son nuestros pensamientos los que te enviamos, son los quejumbrosos latidos de nuestra alma, notas discordantes que expresan pálidamente todo el inmenso cariño que te profesábamos.

Cómo no recordarte á través del tiempo, cuando tú eras uno de esos caracteres sin par, espléndidos, resueltos, abnegados, que al manifestarse en nobles estallidos de franqueza, arrastrabas consigo á los indecisos y les comunicabas toda tu valentía moral y todo tu generoso entusiasmo?

Allá en el insondable espacio, donde quizá giran en torbellino miriadas de mundos; allá en las alturas infinitas donde se mecen suspensas en tronos de luz las más ignotas ideas, allá estarás tú, si no es mentira que el pensamiento que bulle en nuestro cerebro y ese algo sublime que lo eleva por sobre las impurezas de la realidad, es inmortal.

Allá, sí, te enviamos nuestro pensamiento, nuestro espíritu, préstale un átomo de luz, de fé y de esperanza para luchar en este mundo de sufrimientos.

UN AMIGO.

Montevideo, Setiembre de 1889.

Á LA MEMORIA

DE MI PARTICULAR AMIGO Y COMPAÑERO DE ARTE
EMILIO LÓPEZ

«Vivir, porqué?... Si en la mundana vida
Fatal engaño le despierta al hombre,
Y al querer levantar la frente erguida
Se hunde en la nada hasta su mismo nombre!

Nace el mortal!... Y apenas en su mente
Alegres brotan plácidos cantares,
Marchita el dolo su lozana frente,
Y al corazón destrozan los pesares!

Crece el recuerdo en la fatal memoria
Como la planta en el verjel florido,
Corre buscando el ángel de la gloria
Y halla sólo el fantasma del olvido!

Acaricia un brillante pensamiento,
Que una ilusión en su cerebro posa,
Y al quererla tocar, el sufrimiento
Abre á sus plantas la mortuoria fosa!

Y muere, al fin, pero su genio ardiente
No cabe nunca en la estrechez del suelo,
Y al dejar la materia, indiferente,
El alma sube sonriente al Cielo!

Quando en edad bien temprana
Y en lucha con la existencia,
Soñaba tu inteligencia
Amor, cariño y virtud;
Vino la parca traidora,
Ley del Destino, invariable,
Y en su fallo inexorable
Te hundió en mísero ataud!

Que el Hombre, sin paz ni calma
En este oleaje inmundo,
Vaga en un caos profundo
De miseria y de maldad;
Sin comprender, insensato,
Que en esta vida ilusoria,
Bajo una losa mortuoria
Solo se halla la Verdad!

Verdad, que la mente inquieta
Forja en loco desvarío,
Ancho torrente de un río
Que se desborda al correr;
Meteoro que alumbrando
Vá la existencia mundana....
Arcanos en la mañana;
Misterios para el No Ser!

Mas, si el Tiempo al pasar, todo derrumba,
Dejando al Hombre su marmóreo lecho,
Para guardar tu nombre, hay una tumba
Aquí en el fondo de mi pobre pecho!

A. D. .

La ley del progreso

(COLABORACIÓN)

IV

En el artículo anterior hicimos notar los antecedentes de la revolución francesa y prometíamos dar á conocer lo que acontecía en varias naciones de Europa y América en vísperas de ese grande acontecimiento.

Veámoslo en resúmen:

Veinte años antes de la revolución francesa, Washington derrotaba á los ingleses en América, y el Congreso de Filadelfia proclamaba la independencia de las trece colonias, formando la Confederación de los Estados Unidos, la primera nación libre de América.

Portugal expulsaba á los jesuitas en 1759, disminuía el poder de la Inquisición, intimidaba á la nobleza desterrando á los señores más notables y desarrollaba en todas las esferas del poder las reformas de la época.

En España, Carlos III, aconsejado por sus célebres ministros Aranda y Florida Blanca, en 1767 extrañaba á los jesuitas, siguiendo su ejemplo Nápoles y Parma; atacó á la Inquisición en sus privilegios, reanimó la agricultura, declaró por decreto que la industria no anulaba la nobleza, é implantó, en suma, las reformas administrativas y políticas que se iniciaban en otras naciones.

Nápoles también sigue la misma marcha y llega hasta suprimir los diezmos, reduce á la mitad el cuerpo eclesiástico y elimina un gran número de conventos. Hasta en Austria, la absolutista Aus-

tria, penetra el espíritu de reformas: los diezmos, la servidumbre forzosa y los derechos feudales fueron abolidos en 1780; muchísimos conventos fueron suprimidos; el derecho de primogenitura es abolido; declárase que el matrimonio es un simple contrato y facilitase el divorcio. En 1781 dase un célebre edicto estableciendo ampliamente la libertad religiosa, que obliga al papa Pío VII á trasladarse á Viena para detener á José II en el camino de las reformas, pero sin conseguirlo.

Vemos, pues, que las doctrinas modernas fundamentales proclamadas por la revolución francesa, tuvieron su anunciación, en las esferas de la propaganda, quizá un siglo antes, y tomaron forma de leyes en varias naciones de Europa y América.

La Francia, la nación eminentemente propagandista y expansiva, y por esta causa la más genuina representante de la raza latina, no podía permanecer indiferente ante las exigencias de reformas y de libertad, y rompió las ligaduras con que había sido sujeta, lanzándose hambrienta, impaciente y sin experiencia, como formidable torrente desbordado, á cumplir las leyes del progreso.

Creemos que *Un Obrero* no negará ahora que á partir de la revolución inglesa y durante y después de las guerras que destrozaban la Europa á mediados del siglo pasado, se inició una activa propaganda que dió por resultado el movimiento reformista que hemos reseñado.

Pues bien: olvidemos por un momento los antecedentes de la revolución francesa, y veamos si en realidad el pueblo francés entró desde entonces en el goce de sus derechos políticos.

Después de la inmensa efervescencia de las pasiones, en que ni la vida ni el honor ni nada se respetaba, la balanza se inclinó del lado del despotismo. La lógica de la historia tuvo una vez más completa confirmación. Cuando los revolucionarios franceses creyeron haber conseguido y asegurado los derechos del hombre, las conspiraciones de los enemigos de la libertad primero y las divisiones y pasiones exaltadas de los hombres de la revolución después, dieron en Francia la preponderancia á la guillotina hasta sobre el mismo pensamiento. ¡Ay de aquellos que fuesen sospechosos á los ojos de los demagogos! ¡Ay de aquellos liberales que no agradecen á los hombres del poder!

Después de ese periodo de progreso á saltos, Napoleón Bonaparte ejerce sucesivamente el Consulado, la dictadura y el Imperio. Luego de éste la restauración de los Borbones, de aquellos Borbones que la exaltación de los progresistas á saltos habían creído extinguir bajo el filo de la guillotina, vuelve á llevar las cosas casi al mismo punto de partida.

Ese fué el fin del primer periodo revolucionario. Vino luego otra revolución, no tan saltona como la anterior, que destruyó la restauración y trajo al poder una nueva dinastía, la que, dieciocho años después, en Febrero de 1848, era derribada á su vez y proclamada la segunda república.

Vemos, pues, que apesar del salto for-

midable, terrible, volvió al poder la dinastía que se opuso á las reformas iniciadas en Europa; y volvió sin que el pueblo francés, anulado bajo el terror y bajo las botas de Bonaparte, hubiese practicado los principios que había proclamado, habiendo sido necesario nuevos trastornos revolucionarios para continuar avanzando por el camino de sus destinos.

La revolución del 48, por la resonancia benéfica que tuvo en Europa, es digna de reseñarse, porque esa reseña completaría nuestro propósito de probar que no se progresa á saltos; pero este trabajo es ya demasiado largo é inconnexo, produciendo en nosotros bastante cansancio y rubor el reconocernos incompetentes para llevarlo con altura á su completo desarrollo.

Quizás en otra ocasión haremos otro ensayo, exponiendo nuevos y poderosos argumentos.

Por ahora queremos concluir, dejando á *Un Obrero* la tarea de ocupar más dignamente que nosotros la atención de nuestros compañeros.

Por nuestra parte creemos ya demostrado que la revolución francesa no fué un salto, ni fué una novedad, sino una consecuencia natural de los obstáculos que se oponían á las manifestaciones y expansiones del progreso.

Creemos también demostrado, por la rápida reseña histórica que hemos hecho, que las ideas ni permanecen estacionadas ni saltan un solo punto de la escala de su camino, sino que marchan siempre salvando obstáculos, persuadiendo, ocultándose aparentemente á veces ante las persecuciones y la ignorancia, siempre avanzando y transformándose, ganando voluntades y manifestándose por medio de reformas paulatinas, sancionadas y aceptadas por la virtud de la propaganda pacífica, y nunca por medio de la fuerza, pues ésta destruye obstáculos, pero no gana voluntades.

¿Las ideas, las reformas, los progresos son aceptados por quien no conoce sus ventajas, por quien no está convencido de su eficacia? No; es necesario la propaganda, y bien sabido es que propagar, en el sentido que le damos, quiere decir dilatar, extender, expandir: lo contrario, pues, de saltar. No, lo repetimos,—porque es necesario insistir en esto—no se ganan voluntades, no se convence, no se propaga dando saltos terribles, formidables, sino pisando uno á uno, con paso firme y sensato, todos los peldaños de la escala del progreso humano.

Se nos preguntará, quizás, porqué la revolución inglesa primero y los chispazos reformistas en el continente después, no hicieron época en la historia como la hizo la revolución francesa. A esto contestaremos que lo atribuimos al carácter eminentemente propagandista del pueblo francés, ó á que la raza latina tiene mayores aptitudes para la propaganda que no la anglo-sajona. Pero sea ó no esta la causa, lo cierto es que no fué la Francia la que inició en el terreno de los hechos el movimiento reformista del siglo pasado, como lo hemos demostrado anteriormente.

Un Obrero cree que el reclamar un derecho y destruir los obstáculos tradicionales que se oponen á su proclamación, es progresar á saltos, aunque ese

derecho no se posea, no se ejerza ni se reconozca en toda su plenitud. Esto es lo que quiere hacer creer *Un Obrero* y esta la doctrina que pretende abrace el gremio tipográfico. Pero antes que él, ya hemos visto que hay quien la practique entre los tipógrafos de Montevideo: muchos proyectos, muchas reformas en Estatutos y Reglamentos, muchas idas y venidas, y creyendo conseguida una cosa apenas iniciada, ó impacientes por conseguir algo más allá, ó faltos de fé para esperar y perseverar, ó ignorantes, en fin, de lo que hacen porque no tienen ideas ni convicciones, cambiar de rumbo á cada instante, como *bola sin manija*, abandonar la obra comenzada y hasta combatirla veladamente, para fundar otra, defenderla á zón de organillo, y olvidarla mañana; y esos señores dirán sin duda, como *Un Obrero*, que los tipógrafos montevidianos progresamos á saltos, cuando lo único que sacaremos de tanta veleidad é inconsecuencia será hacer que los elementos nuevos de nuestro gremio pierdan la fé y se muestren reacios al llamado del deber, como se han mostrado indiferentes los elementos antiguos cansados y gastados en estériles luchas.....

Ahora dejamos la palabra á *Un Obrero*, reservándonos ocuparnos en oportunidad de los argumentos de su segundo artículo y de los que nuevamente aduzca; pero concrétese nuestro contrincante á combatir las ideas que hemos emitido, sin alterarlas, como ha empezado á hacerlo diciendo que nosotros todo lo esperamos del tiempo, cuando lo repetimos, hemos afirmado en el artículo «Divagaciones», que *nada se puede sin el trabajo y sin el estudio*.

Hemos dicho también y nos afirmamos una vez más en nuestras convicciones, que nada se mueve á capricho en el Universo, que todo tiene sus leyes, y que si alguna vez parece, por fenómenos periódicos, que ellas se alteran en sentido de saltos de avance ó de retroceso, (ejemplo: la revolución francesa) bien pronto se restablece el equilibrio, funcionando con regularidad todas las fuerzas sociales que nos empujan á cumplir nuestros destinos de mejoramiento evolutivo y constante, á pesar de los obstáculos reaccionarios y apesar de los impacientes que piensan con el corazón, creyendo fundar un mundo nuevo al calor de sus intemperancias y de su romanticismo.

¿Hay algo más semejante que no pueda servir de imagen de comparación á las constantes luchas de la humanidad por alcanzar los ideales que vislumbra que las leyes que rigen al mundo físico? ¿Qué importa que en el individuo rija el libre albedrío, cuando el conjunto, la unidad del todo no puede sustraerse al empuje progresista?

En el mundo físico como en el moral el movimiento es ley de vida. ¿Puede la humanidad permanecer estacionada, quieta, inmóvil, en el camino de sus destinos? No, por que la vida es el movimiento, y no puede el libre albedrío ni lo circunstancial alterar esa ley.

Cuando ante nuestra vista aparece la naturaleza quieta, como dormida, nos sorprende furioso temporal, que todo la arrasa, lo conmueve, lo agita y lo des-

troza. En el mundo moral vemos esa imagen en los grandes trastornos sociales: cuando los gobiernos y las sociedades se embelesan al arrullo del sibirismo y de la indolencia, estallan las revoluciones que producen desolación, sangre y ruinas; enseñándonos todo esto que en nuestro planeta, como en la humanidad, hay semejanza de principios inalterables y eternos.

Los grandes cataclismos que conmueven la superficie de la tierra, los terremotos, por ejemplo, ¿son circunstanciales? ¿nos ha explicado la ciencia á qué causas obedecen? No; nada más que conjeturas, y sin embargo, podemos afirmar que son producidos por causas subordinadas á las leyes del movimiento universal.

Nosotros, fuertes en esos principios fundamentales, defendemos el progreso como ley de vida, ley inmutable, irresistible, que funciona siempre, armónicamente, aunque á ella nos opongamos con todas nuestras fuerzas.

Las teorías de *Un Obrero*, por el contrario, favorecen á los partidarios del oscurantismo, del estancamiento: si en el mundo moral, dirán, no rigen las mismas leyes que en el mundo físico; si el hombre en su libre albedrío, como dice *Un Obrero*, manifiesta de distintos modos su existencia en la sociedad y en las relaciones sociales media lo circunstancial, ¿cómo quereis que el mundo marche apesar de lo circunstancial de nuestros obstáculos tradicionales, apesar de lo circunstancial de nuestra voluntad, de nuestra propaganda y apesar de la mayoría de los pueblos que os es adversa? Si lo circunstancial, agregarán, determina los progresos, nosotros decimos que lo circunstancial os impide avanzar un solo paso.

Por lo demás, si la juventud abrazase esa doctrina de que también se progresa á saltos, el progreso verdadero tendría en sus mismos creyentes sus más temibles enemigos, porque se despreciaría y destruiría lo poco por alcanzar lo mucho, mientras que nuestras teorías le dan aliento para luchar y fé para esperar, despreciando lo circunstancial.

Z.

Remitido

Señor Director de EL TIPÓGRAFO.

Muy señor mio:

Como en el número 144 de este periódico, que usted tan dignamente dirige, ha aparecido una denuncia firmada por tres tipógrafos que trabajaron en la imprenta de *La Nación*, me veo en la necesidad de desvirtuar la tal denuncia con la verdad de lo acontecido; no en defensa de la Administración, cosa que no acostumbro á hacer, sino por lo que á mi persona toca, puesto que regenteo dicho taller.

Comienzan por decir los señores firmantes que además del abuso de poder y autoridad, la venganza poco noble de quien no puede satisfacerla de otro modo que apelando á los medios poco legales de quedarse con lo que no es de ellos.

Todo esto, señor Director, es una farsa descarada, es una mentira con visos de criminalidad, y que lamento no hayan

puesto mi nombre, ya que directamente me dirigen los cargos, puesto que soy yo quien recibe el dinero para pagar el personal.

Jamás he cometido abusos de autoridad con mis compañeros, á no ser el de obligarles, hasta donde me está vedado, de cumplir con los deberes sociales. Si he tenido resentimientos personales con alguno, no me he valido nunca del poder que ocupo con los que estén bajo mi dependencia, cometiendo bajezas con ellos; á todos he tratado y trato por igual. Y una prueba de lo que digo, señor Director, es de que tengo en el taller que dirijo más de un individuo que debiera haberlo despedido desde tiempo há por las calumnias criminales que me ha levantado en conversaciones con otros, las que han llegado á mis oídos; y, sin embargo, les demuestro que no se nada, y les trato como á los demás porque tengo mi conciencia tranquila.

Respecto á lo que dicen los señores firmantes de que en la imprenta de *La Nación* se les han quedado con lo que es de ellos, le diré al señor Director que están en un craso error, en mi concepto. Yo creo que el individuo que trabaja un día del mes, tiene derecho solamente á un día. Ahora bien; los señores denunciadores trabajaron el día 2 del mes de Setiembre, — el primero era fiesta, — el 3 se retiraron del Establecimiento, es decir, no fueron á trabajar; el 4 fué uno á reclamar los días, que según él se le debían; lo que le comuniqué al señor Director de la imprenta para abonarles lo que se les debiera.

Pero este señor me preguntó que cuantos días de trabajo tenían, á lo que le contesté que uno. Entónces me dijo que les abonaría uno, y no dos, como ellos reclamaban, porque trabajando un sólo día del mes no se puede tener derecho á más. Sin embargo, yo le objeté que si no tenían derecho á todo el día festivo, si á una parte, y por lo tanto que dividiera el sueldo que cada uno de ellos ganaba entre veinticinco; pues de ese modo se les pagaba lo que por derecho les correspondía, puesto que estaban por mes. Así se hizo.

Andrés Vila ganaba 42 pesos por mes, y divididos en 30 días corresponde á cada uno \$ 1.40, y se le abonó \$ 1.78 por un día de trabajo.

Juan Vila ganaba 40 pesos, por día 1.33, y se le pagó 1.65.

Andrés Miguens ganaba 22 pesos, y se le pagó por un día 88 cts., cuando le correspondía 73.

Habiendo procedido de ese modo, estoy en la plena convicción que nadie se les ha quedado con lo que por derecho les correspondía. Pero esos señores se creyeron damnificados en sus intereses y se lanzaron á la prensa para dirigir cargos injustos y sin fundamento—según mi entender—puesto que la Administración no les ha robado el sudor como ellos dicen, ni les he tratado mal, ni antes ni despues de trabajar en el establecimiento de *La Nación*, lo que puedo comprobar con la declaración imparcial de los que aún trabajan en él.

Yo desearía, señor Director, que cuando algún socio fuese objeto de algún abuso cometido por mí, me acusara ante la Sociedad Tipográfica Montevideana y no recurriera á la prensa dirigién-

dome cargos inconcretos é injustos con visos de criminalidad.

Pero no lo han hecho así los firmantes del remitido que contesto, cuya redacción, si nos fijamos bien en sus reticencias, rebosa hiel y malignidad por todos lados; por esta causa es que me atrevería á señalar con el dedo la persona que lo ha inspirado y le ha dado forma, porque hay seres tan valerosos que no se atreven á atacar de frente á sus enemigos, y menos á mí que llevo siempre la cabeza erguida, que no rehuyo responsabilidades y sostengo siempre con ruda franqueza todos mis actos y opiniones, á la inversa de otros que buscan pretextos fútiles y segundas personas para zaherirme impunemente. No importa: prefiero los ataques que se me dirigen por mi carácter definido, pues tengo la desgracia de no saber fingir con equívocas sonrisas.

Entre los tres firmantes hay una firma apócrifa, y es la de Andrés Miguens. Este joven perdió la razón por los días cinco ó seis del presente Setiembre, poco más ó menos, y fué llevado al Manicomio Nacional. Pues bien; la denuncia aparecida en EL TIPÓGRAFO del 15 habla del día anterior. ¿Cómo habrá podido firmarla el joven Miguens estando en el Manicomio desde días anteriores? ¿Los habrá autorizado desde allá? Todo puede suceder.

Fracamente, es irrisorio el que un demente firme un escrito estando en el Manicomio. De ahí se trasluce á primera vista que los Vila han hecho uso de una firma que no les correspondía, más bien dicho, la han estafado.

Con este dato, señor Director, puede ver el criterio de los denunciadores, y la veracidad de los cargos.

Dándole desde ya las gracias por la incursión de las presentes líneas en el periódico que usted dirige, aprovecho la oportunidad para repetirle de usted atento y seguro servidor,

JUAN BONIFAZ Y GÓMEZ.

Montevideo, Setiembre 20 de 1889.

CRONICA

«LA RAZÓN» RAZONABLE — Nace un invento útil, y el obrero tipógrafo es el que más directamente influye para que esa mejora humana sea pregonada á los cuatro vientos, dándose luego el contraste de ser de los últimos en aprovecharla, y sino, dígalo la cuestión alumbrado.

En la casa donde no se emplea un mal pico de gas para dos ó tres hombres, úsase, como artículo de lujo, un caldero con pestilente kerosene, cuando no es una simple vela de sebo la que ayuda al cajista á descifrar los enigmas escritos hasta con lápiz; porque al industrial le conviene mirar por sus ahorritos antes que por la salud del obrero.

Y ante este cúmulo de calamidades, natural que aplaudamos la determinación de los propietarios de *La Razón* de instalar la luz eléctrica en sus talleres, porque si llega á dar buenos resultados, empujará á hacer lo propio á los tacaños que el cien ó más por ciento les parece poca ganancia en sus negocios.

Siempre fuimos parcos en la alabanza

para que no se aplique á nosotros lo de: «si el sabio calla, malo; si el necio aplaude, peor»; pero si bien consideramos un deber del patrón interesarse por el obrero que le enriquece, creemos que al aplaudir al señor Muñoz obramos cuerdamente, pues desde que se hizo dueño de *La Razón*, resalta entre sus colegas por la generosidad cuando del trabajador se trata.

Que aparezcan imitadores son nuestros deseos, y que la luz eléctrica reine en los talleres tipográficos.

DÁMOSLE EL PÉSAME—A nuestro apreciable amigo y consocio don Juan Aguirre Gomensoro que ha tenido la desgracia de perder á su anciana madre, la que después de padecer por espacio de largo tiempo, entregó su alma al Todopoderoso, rindiendo el culto que todos debemos á las leyes naturales.

¡Paz en la tumba de la noble anciana, y resignación en el hogar de su desconsolado hijo!

ATENCIÓN!—Para el próximo número, y en posesión de preciosos é irrefutables datos, haremos conocer á ciertos cajistas que *cooperan* á nuestro mejoramiento resucitando aquellos tiempos en que la intriga y la *puja* eran los únicos méritos para ocupar encargaturas.

Los Blanquet y otros, se reproducen hoy en ciertos elementos puritanos, y es necesario que todos condenemos con energía y sin contemplación alguna á los que rebajan nuestro arte con «presupuestos más bajos» y á los que los aplauden con frases encomiásticas.

FENÓMENO TIPOGRÁFICO—Á juzgar por la noticia que vamos á dar, el héroe de estas líneas, es probable no trabajaría en locales y con patrones como los que por acá solemos tener.

Leemos:

«*El decano de los tipógrafos*—Ha muerto recientemente en Edimburgo (Escocia), el célebre Jelly Petterson, decano de los tipógrafos del mundo. Hace sesenta años compuso el primer número del periódico *Journal of the Chambers*.

Contaba actualmente 104 años y hacía como 30 que no trabajaba. Vivía en una casita de campo de los alrededores de Edimburgo, gozando de una regular posición pecuniaria y en compañía de su anciana hija de 80 años y varios nietos que no bajaban de 50.

Era muy querido en esa capital y á su entierro asistieron muchísimas personas distinguidas, pronunciando discursos ante la tumba varios periodistas espectables.

Este raro caso de longevidad en un hombre dedicado á tareas tan abrumadoras,—se explica no solo por su constitución robusta, sino también por el hecho de haber empezado á trabajar en ese oficio á los 30 años, observando siempre una conducta honesta y una vida ordenada.»

AJUSTADITA AL PIÉ—Por la abundancia de escritores *mamarracheros* entre nosotros, dignos más bien de empuñar la azada que la pluma, con gusto copiamos de un diario estos párrafos:

«*Consejos de un tipógrafo á los escritores*—Traducimos de un periódico inglés la siguiente broma, por el parangón que admite con lo que sucede en estas tierras.

El editor de un diario inglés, que lucha, como casi todos los directores de publicaciones diarias, con los manuscritos enigmáticos que le envían para ser publicados, dirigió á sus corresponsales una circular en estos términos:

«Señor: Siempre que Vd. pueda servir de otros útiles de escribir que no sean pluma y tinta, guárdese de emplear estos últimos por inútiles; porque podría suceder que las letras saliesen tan claras, que no exigiesen bastante atención del editor y del cajista para saber lo que Vd. ha querido decir. Mas, si por casualidad emplea pluma y tinta, evite en lo posible usar del papel secante; doble Vd. la hoja y apriete, porque lo primero ha dejado de ser moda.

Si Vd. echa una mancha de tinta sobre el escrito, tenga la bondad de servir de su lengua para borrarla: de ese modo le será fácil extenderla un poco más.

Un cajista inteligente se considerará muy honrado si se vé en la necesidad de descifrar una veintena de palabras. Nosotros hemos visto que algunos cajistas se preocupan largo rato de esta sabrosa diversión; y les hemos oído votar como marineros de puro alegres, cuando dan con la clave de la dificultad.

El papel más á propósito para escribir es el que sirve para paquetes de ferretería; pero en el caso que Vd. no le tenga á menos, puede arrancar un pedazo suficiente de los carteles que se hallan pegados en las paredes, sin olvidarse de escribir sobre la parte engrudada.

Cuando esté listo un artículo, llévelo por unos días en la faltriquera, antes de mandarlo á la imprenta. Son incalculables las ventajas que ofrece la costumbre de escribir con lapiz; y si Vd. no numera unas cuantas hojas, es un placer para nosotros tener que juntar las carillas correlativas en un manuscrito con mala numeración.

No emplee nunca comas, ni puntos, para no privarnos del placer que sentimos cuando tenemos que adivinar lo que Vd. quiere decir.

Es completamente inútil escribir con buena letra, porque eso revela una educación plebeya, y haría creer que un sujeto se ha educado en una escuela vulgar. Una letra fea supone una inteligencia jefe; y hay muchos literatos, que si llaman la atención, es cabalmente por su mala letra. Cierre Vd. los ojos cuando escriba, haga de modo que salga la letra desfigurada y horrible.

No tenga escrúpulos con los nombres propios, pues cada cajista conoce perfectamente los nombres y apellidos de todos los hombres, mujeres y niños; y basta escribir la letra inicial de un sustantivo, para que todos sepamos la palabra que él envuelve. Es cierto que á nosotros mismos ha sucedido imprimir Samuel González en vez de Daniel Gonorino; pero esto es un accidente que lo puede corregir sin mucha dificultad el dueño del nombre, ó una fé de errata en número posterior.

Es de suma importancia escribir en los dos lados del papel; y en caso que no quepan unos cuantos renglones, se recomienda escribirlos atravesados sobre el manuscrito, porque no vale la pena emplear una hoja de papel más.

Nos imaginamos en el séptimo cielo

cuando tenemos entre manos semejantes manuscritos.

No olvide Vd. mis advertencias, y ordene lo que guste á su amigo.—*El Editor.*»

LA LEY DEL PROGRESO...—La enorme cantidad de aprendices que actualmente *cooperan* á nuestro mejoramiento en algunas imprentas de esta Capital, demuestra bien claramente que nada se ha hecho para atajar ese pernicioso mal.

Efectos de aquellos polvos... de aquellos polvos que todos tristemente recordamos.

HAY Ó NO VENTAJA?—A muchos cajistas oímos quejarse de que en ciertas imprentas donde se intentó mejorarlos, no ha sido oro todo lo que ha relucido, porque lo que no fué en misas se gastó en responsos, y de cuando en cuando las changuitas, ó extraordinarios (*de llapa*), se hacen algo pesadas.

Pero nosotros diremos á esos cajistas, que la culpa no la tiene el que apalea sino el que se deja apalea, y tengan presente que la asociación es la cura más radical que á sus dolencias pueden aplicar.

Ahora en cuanto á lo de si se alcanzó ó no ventaja con las marchas y contramarchas, esperaremos el tiempo para ver si será preciso cantar aquella especie de letrilla:

«Tantas idas y venidas,
Tantas vueltas y revueltas,
Quiero, amigo, que me digas:
Son de alguna utilidad?»

LAS ILUSIONES PERDIDAS—Se nos ha dicho que los cajistas del tan cacareado *El Liberal* de Carábula, tendrán el sueldo de 40 pesos para abajo, apesar de cuanto se habló de buenos cálculos que permitirían pagar de 45 á 50.

Hasta aquí nada vemos censurable desde que en otras casas se paga igual ó menos; pero nos conviene hacer notar el desengaño que sufrirían los que se entusiasman ante los pronósticos de ciertos *flautistas* que siempre tocan á gusto del consumidor, y que no obedeciendo á niugún fin, usan todos los medios (moviendo la sin hueso, se entiende).

PROGRESIÓN ASCENDENTE Y DESCENDENTE—Desde este mes, la edición vespertina de *El Siglo* se imprime en formato igual al de la matutina, y esto debido á la abundancia de avisos.

Estas ventajas de la empresa de dicho diario, están en relación inversa á las de los cajistas, pues casi siempre ellos salen perdiendo cuando el periódico produce más y sufre progresiones ascendentes.

—Asegúrase que *La Razón*, pronto aumentará también el tamaño de sus páginas en ambas ediciones; pero en este caso hay que felicitar á los cajistas, porque todos comprendemos lo caballerosos que son los propietarios de esta empresa y lo *rumbosos* que los de *El Siglo* siempre fueron.

AGRADECIMIENTO—Nos ha pedido el consocio Juan Aguirre Gomensoro que agradezcamos á todos los tipógrafos de *La Nación*, inclusive el Director del establecimiento, por las muestras de aprecio que le dieron al perder á su apreciable madre, contribuyendo con el valioso contingente de una suscripción para costear el entierro de la extinta.